

Gloria Susana Esquivel

Animales del
fin del mundo



Gloria Susana Esquivel

Animales del fin del mundo

Alfaguara

SÍGUENOS EN



Me Gusta Leer Colombia



@megustaleerco



@megustaleerco

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Si alguien pregunta: «¿Qué son estas heridas que traes en el pecho?», la respuesta será:

«Son las heridas que me hicieron en la casa de quienes me aman».

Zacarías 13:6

Como un pájaro pequeño encerrado lejos de la luz del día:
Así fue mi infancia.

Louise Glück

I

1

El año que conocí a María vaticinaron el fin del mundo.

Los noticieros transmitían con frecuencia especiales en los que numerólogos y astrólogos formulaban hipótesis sobre la hora exacta en la que la Tierra se fracturaría, y papá, al teléfono, intentaba tranquilizarme diciéndome que sólo era un eclipse que apagaría el cielo, sólo por un instante, sólo unos segundos, y que tal vez podríamos verlo juntos.

Cuarenta se suicidaron en California y escogieron el fenobarbital como vehículo para evacuar el planeta. Una familia numerosa acabó con las existencias de enlatados en un pequeño pueblo de Alemania, lo que obligó a sus vecinos a ir por víveres, en pleno invierno, al municipio más cercano, y esto causó uno que otro caso de hipotermia. Un viejo en Australia vendió todas sus propiedades y durante seis meses vivió a la intemperie sobre su colchón comiendo baldes de pollo frito, mientras esperaba a que un asteroide se lo tragara.

Pero acá nadie se tomaba en serio los rumores del Apocalipsis, pues había otras urgencias.

En la casa, la única preocupada con la noticia era yo. Cada reporte que escuchaba me hacía temblar, y le pedía a mamá, entre susurros, que hablara con los abuelos y con Julia para tener un plan de contingencia por si llegaba a pasar algo: armar un cambuche en la sala de la casa o huir hacia la costa en el carro de la familia. Sin embargo, ella no me tomaba en serio y, en lugar de atender mi llamado de alerta, me agarraba por el cuello y comenzaba a experimentar nuevos peinados sobre mi cabeza. Yo me quedaba muy quieta mientras mamá insertaba cintas y diademas en mi pelo, y me ponía a mirar lejos, frustrada, pues no podía creer la manera en la que ella

había decidido ignorar la posibilidad de que un meteorito nos llevara por delante.

Tenía seis años y había perdido dos dientes.

Cada vez que me acercaba a hablar con mi madre sobre el fin del mundo, ella se moría de la risa. Era una de las pocas veces en las que cambiaba su rictus ausente y parecía distraerse un rato. Me llenaba la cabeza con besos y luego se ponía muy seria y me pedía el favor de que les repitiera toda esa retahíla nerviosa a los abuelos, pues ellos se morían de ganas de conocer mi voz. Sin embargo, sus estrategias de persuasión resultaban en vano. Desde el momento en el que había aprendido a hablar, también había resuelto ahorrarme la mayor cantidad de conversaciones posibles. Recuerdo que, en ese entonces, las palabras se sentían como sanguijuelas frías que reptaban por mi vientre. Cada vez que iba a enunciarlas, sentía retorcijones intensos que me subían por la espalda. Para evitarme esa sensación incómoda, aprendí que los dedos de la mano eran suficientes para comunicarme. Aprendí también que las conversaciones que importaban eran las que tenía con mi madre, siempre atenta a proveerme de cualquier cosa que necesitara del mundo exterior, y las pocas que tenía con mi padre cuando llamaba por teléfono. Además, disfrutaba enormemente de ese silencio dulce y propio, que hacía que mantuviera los ojos bien abiertos y que me permitía percibir cualquier peligro en mi entorno.

El mutismo agudizaba mis sentidos y me mantenía alerta frente a cada señal que predecía catástrofes. Como la posible expansión del cosmos. O el envejecimiento irremediable de las estrellas. O la amenaza latente de que un día cualquiera el Sol estuviera a punto de tragarnos.

Justamente eso fue lo que ocurrió una mañana, a eso de las siete.

Mientras Julia cantaba para acompañar la larga labor de limpiar los pisos marmóreos de la primera planta, la abuela intentaba deci-

dirse entre tres posibles atuendos. El abuelo tomaba una ducha y mamá se disponía a desayunar.

Yo dormía.

El abuelo cerraba los ojos para recibir un último chorro de agua fría sobre su cabeza, Julia silbaba. Mamá se levantaba de la mesa y caminaba unos pasos hacia la nevera. La abuela contemplaba, indecisa, un vestido azul oscuro que con cuidado había tendido sobre la cama.

El violento estruendo me expulsó del sueño.

Mamá no sintió que la tierra se agitara, lo que le hizo descartar la idea de que la conmoción se debiera a un terremoto. Frente a sus ojos, las claraboyas que componían el techo de la cocina rugieron de repente y se oscurecieron con polvo de cemento y vidrio que caían del cielo. Las tejas se abrieron y dejaron su horizontalidad; colgaban como si fueran estalactitas en una caverna. Se suspendían, afiladas, apenas a unos pocos centímetros sobre su cabeza. Las mirlas de la abuela, que dormían en su jaula sobre la mesa del comedor auxiliar, aletearon frenéticamente. Chillaban y se estremecían, volviendo la escena de la catástrofe un agudo grito de pájaro. La abuela corrió escaleras abajo y los peldaños metálicos retumbaron, haciendo eco del bramido que acabábamos de oír. Yo sólo atiné a levantarme de la cama.

El abuelo salió de la ducha y llegó desnudo a la cocina sin reparar en que el frío de la mañana y el subidón de la adrenalina habían convertido su piel gruesa y morena en una masa gelatinosa y erizada que latía. Caminé hacia la cocina. Sólo se escuchaba el trepidar de la jaula de las mirlas; el hierro de los barrotes chocando una y otra vez.

Así sonaba el cosmos abriendo su apetito. Un murmullo estomacal anunciaba nuestra muerte.

Con resignación, observé la escena. La abuela lloraba en una esquina de la cocina. Mamá miraba atónita el hueco que se había abierto sobre nuestras cabezas.

El abuelo temblaba.

Desde donde me encontraba podía entrever sus testículos por una pequeña brecha que se creaba entre su pelvis y la toalla con la que se había cubierto. Observé fascinada ese bulbo rugoso que se descolgaba entre sus piernas, como si estuviera espiando las misteriosas costumbres de los vecinos a través de una mirilla.

Sentí el impulso de acercarme y tocarlos.

La casa olía a azufre. El aire se hacía pesado con cada uno de los sollozos de la abuela, que se interrumpieron cuando el abuelo, medio desnudo, me arrebató del suelo y me llevó en sus brazos afuera de la casa. Bajamos las escaleras de caracol, atravesamos corredores y salones y llegamos a la puerta de una gran zancada. Alarmado, preguntó a los vecinos y a Julia, quien llevaba un buen rato caminando inquieta por la acera de enfrente, sobre lo que había sucedido. Nadie parecía entender de dónde había venido ese ruido que imitó la fuerza del agua rompiendo un dique. Uno de los hombres sacó un pequeño radio para escuchar las noticias. Sólo yo parecía entender que un tifón galáctico se aproximaba. Sentí el rozar astringente del pavimento bajo mis pies.

¿Será que se nos va a caer el cielo encima?, preguntó una voz lánguida que pertenecía a la única otra niña que se encontraba en medio de ese grupo de señores confundidos.

Sólo yo escuché su murmullo. Sólo yo oí a María. A sus palabras se superpuso una voz que apareció débil entre la estática del transistor. Narraba algo sobre quinientos kilos de dinamita escondidos dentro de un camión de basura.

2

Vivía con mi madre en la casa de los abuelos. Una confusa caja china en donde maté las horas infinitas de la infancia jugando a las escondidas conmigo misma.

Hacía tres décadas los abuelos habían llegado a la ciudad con algo de capital para expandir su negocio. Compraron la casa, que en ese entonces se perfilaba como un ejemplo de la arquitectura moderna que invadía la capital. La decoraron según mandaban los catálogos, y nunca más volvieron a preocuparse por si los largos sillones de cuero o el revestimiento de madera falsa que tenían todos los gabinetes y electrodomésticos de la cocina volvían a ponerse de moda. Allí criaron a sus seis hijos: tres mujeres y tres hombres que constantemente buscaban rebelarse contra el estatismo que de manera sutil habían impuesto sus padres.

Nada envejecía en esa casa: ni los muebles, ni Julia, ni los abuelos. Mis tíos, por otro lado, pasaron su infancia y su juventud empapelando el escritorio de la habitación que compartían con cromos de álbumes mundialistas que cada cuatro años coleccionaban con paciencia, y buscaban en el rostro envejecido de Müller una prueba de que el tiempo sí pasaba. Mi madre y sus hermanas, por su parte, se dedicaron a coleccionar decenas de pretendientes que caminaban frente a la casa esperando el momento en el que el abuelo no estuviera para entrar a hurtadillas a ese extraño museo. Durante tres décadas se movieron como partículas inquietas, resistiéndose al reposo. Comenzaron y terminaron sus estudios, adquirieron y dejaron vicios, armaron y rompieron familias, tomaron todas las decisiones acertadas y erradas que podían haber tomado dentro de la casa. Luego salieron de ella y jamás volvieron.

Mamá fue la única que regresó. Llegó con una niña en brazos a pedirle a la abuela que la ayudara con mi crianza después de haber terminado su matrimonio y haber perdido su trabajo como azafata. Y yo comencé a crecer dentro de ese laberinto extraño e infinito, velando las largas siestas de mi madre bajo el silencio y la vigilancia pesada de los abuelos y de Julia.

En la segunda planta de la casa estaban los tres dormitorios que alguna vez habían compartido los tíos y que fueron vaciándose con cada una de sus huidas. Reconquisté esos territorios por los que los abuelos rara vez pasaban y que más bien parecían un cementerio de muebles incompletos. Fue en ese lugar donde aprendí a jugar sin más compañía que la base de una cama sin colchón que nadie había reclamado, recolectando las pelusas que se acumulaban en los estantes vacíos de una inestable biblioteca que se inclinaba hacia un lado.

El estudio del abuelo, la cocina y el solar de la abuela también quedaban en ese piso. Eran los únicos espacios de la casa construidos con claraboyas, y desde ahí siempre podía ver el color del cielo. El dormitorio que mamá y yo ocupábamos estaba justo al lado de la cocina, y cada mañana nos despertaba el canto de las mirlas de la abuela que allí dormían. Sólo se podía llegar al solar atravesando la cocina, y sólo se podía subir al dormitorio de los abuelos, que quedaba en la tercera planta, atravesando el solar. De esta manera, nuestro dormitorio, el de las mirlas y el de los abuelos estaban conectados como si se tratara de una serie de vagones de un ferrocarril habitacional que nos mantenía amparados de la inmensidad de la casa.

Abajo el mundo era otro. Desconocido. Cada esquina de la primera planta encerraba un secreto, un rincón, un armario, un corredor o una escalera que no parecía conducir a ninguna parte. La puerta principal de la casa abría a un salón blanquísimo en donde los abuelos hacían sus fiestas. Una lámpara de la cual colgaban cientos de cristales y que, amenazante, se mecía sobre nuestras cabezas resplandecía sobre un piso de piedra jaspeada. De las paredes col-

gaban enormes tapices que recreaban escenas de romances en la India. Princesas raptadas, músicos descamisados que tocaban la lira y las bailarinas libres en torno a ellos irrumpían en medio de la luz blanca que irradiaban las lágrimas de vidrio suspendidas del techo. Un tocadiscos aparecía en una de las esquinas del salón y, sobre él, la horrible colección de payasos de porcelana de la abuela que a veces me servían como extras en los juegos que protagonizaban mis muñecas. Detrás de ese salón comenzaba una seguidilla de pasillos que actuaban como vectores que comunicaban los cuartos de esa primera planta, todos copias desteñidas de ese primer salón blanco. Lo único que variaba era el tamaño de los tapices, la lámpara y los payasos, que aleatoriamente se hacían más chicos o más grandes en cada uno de esos cuartos, pero su disposición siempre buscaba ser un macabro espejo del salón principal.

Sin importar cuántas veces recorriera los pasillos, algo en mi memoria impedía que recordara cuál corredor llevaba a cuál rincón, a cuál esquina, a cuál cuarto. Cada vez que giraba una perilla me atacaba la ansiedad de una sorpresa no deseada cuando, al buscar el baño de huéspedes, me encontraba en medio del salón de costura de la abuela. Lo que más miedo me daba era pensar que, así como cada uno de esos cuartos era una copia deslucida del salón principal, en la casa también existieran distintas copias de mí.

Imaginaba que me encontraba con otra frágil niña rubia detrás de una de esas puertas. Su piel era gris y seca. Sus pupilas, albinas. Vivía en uno de esos cuartos del primer piso. Era una de mis dobles y su posible aparición me aterraba. Pero a pesar del miedo, jugaba a intentar encontrarla. Sentía que en esa pesadilla se cifraba uno de los secretos de la casa y que, con valentía, tenía que enfrentar el rostro de la otra, que también era el mío. Caminaba con sigilo por el pasillo para que no pudiera sospechar de mi acecho. Tal vez se encontraba en el salón de visitas o en el fondo del gabinete en el que los abuelos guardaban el licor. Me aproximaba con el silencio de un cazador que pacientemente observa a su presa, y me deslizaba por esos rincones en donde se me ocurría que podía esconder-

se. A veces, la abuela presenciaba ese juego al escondite en el que la única participante era yo e impaciente comenzaba a gritar para sacarme del trance: ¡Inés! Deja de arrastrarte por el suelo. Estás arrugando el vestido que tienes puesto. *Esos no son juegos para una niña.* Y yo, aliviada, huía a la segunda planta dejando atrás la posibilidad del encuentro, al menos por ese día, con ese tétrico reflejo.

En uno de esos confusos rincones se encontraba también la habitación de Julia. Era un espacio amplio, completamente atiborrado de muebles, que contaba con baño y una de las pocas ventanas que daba fuera de la casa. Las dos camas, mesas de noche, tocador y escritorio que de manera superpuesta ocupaban el lugar se transformaban durante el día, mientras ella realizaba las labores domésticas, en caminos montañosos o piedras gigantescas sobre las que me trepaba para refugiarme de un piso que, imaginaba, estaba cubierto de lava o de mocos, y que no me permitía tocar con los pies. Sobre el alféizar tenía varios arbustos de astromelias y petunias que brillaban con esa luz del mediodía que se esparcía por las paredes amarillas de su cuarto. El único atisbo de color que recuerdo dentro del primer piso de la casa. Esto hacía de su habitación uno de mis lugares favoritos, especialmente cuando la lluvia cesaba. Me tendía al sol imaginando que pequeñas membranas púrpura me cubrían todo el cuerpo, y me dejaba llevar por el sueño con la esperanza de que al despertar estaría convertida en una astromelia y que de ahí en adelante mi única preocupación sería la de aprender a mover mis dedos, ahora vueltos hojas y pétalos, como pinzas con las cuales atraparía moscas, polvo y cualquier objeto que osara navegar cerca de mí.

Era Inés planta ornamental. Inés mascota. Inés animal de porcelana, perdida entre los infinitos rincones de la casa y sus silencios.

La casa también estaba habitada por la bestia, que despertaba sin que yo me diera cuenta. A veces, mientras me escondía de mi

doble, confundía el corredor que llevaba a uno de los cuartos de costura, abría la puerta equivocada y la encontraba de frente. Furiosa. Resoplando. Pidiendo silencio y maldiciendo porque no podía encontrar paz en su propia casa. Yo cerraba la puerta con cautela y seguía con mis juegos, encerrándola en su propia rabia, sabiendo que era mejor no molestarla, porque al no saber hablar bestia cualquier palabra o gesto podía ser malinterpretado y desatar rugidos y manotazos que me hacían temblar las rodillas.

Por más que intentara estudiar su comportamiento, o intentara adivinar sus ataques, me resultaba impredecible. Julia reconocía en su ira a un caballo desbocado que galopa con furia por el monte sin medir la velocidad y la fuerza de sus cascos, y que sólo se detiene hasta que encuentra un lugar de descanso. Me aconsejaba con prudencia que me quitara de su camino cada vez que escuchara sus gritos y bufidos acerca de papeles importantes, el desorden de mi cuarto o caprichos de muda para los que no tenía tiempo. Reproches ininteligibles. Rugidos indistintos en una lengua que a mi parecer era extranjera.

Si contaba con la mala fortuna de cruzarme por su camino, me mostraba sus dientes y desencajaba la quijada. Acercaba sus caninos afilados a mi rostro y amenazaba con tragarme. En su cara podía intuir un hambre insaciable por mi carne.

Salivaba.

Era inmenso.

Rabioso.

Listo al ataque.

Preso de una fuerza que le permitía levantarme de un solo manotazo y cimbrarme los huesos. Parecía que mi sola presencia lo incomodara. Aullaba y me mostraba sus dientes amenazantes, como si el próximo pedazo de carne que se quisiera llevar a la boca fuera una de mis falanges, y yo bajaba la mirada rápidamente, temiendo quedar atrapada dentro de su boca.

Cuando nos sentábamos en la mesa, le molestaba mi lentitud al comer y se hacía a mi lado lleno de impaciencia. Con sus manos de

bestia tomaba la cuchara rebosante de arroz o de sopa y me alimentaba con violencia. El metal golpeaba mi paladar y lo rasgaba, al tiempo que la inmensa masa que se alojaba en mi boca me sofocaba. Yo me apresuraba a deglutir con desagrado, a la espera de la próxima cucharada que se aproximaba con rapidez. Si me atoraba o vomitaba un poco, gruñía con desespero y se alejaba gritando que era una causa perdida. Otras veces tomaba el plato y lo arrojaba sobre mi cabeza sepultándome entre salsa de pasta o avena, y se me quedaba mirando. Tal vez esperaba una respuesta, un grito o un manotazo feroz de mi parte, pero me quedaba paralizada ante su ira, mirando a un punto fijo en la cocina y con el vientre helado y tembloroso.

Yo acumulaba el miedo en el borde de los dientes más flojos y ahogaba mis propios gritos. Recibía sus azotes. Algunos en la cabeza. Otros más sobre el cuerpo. E imaginaba que toda yo me revestía de una armadura hecha a partir de láminas de cobre, que resistente y firme, seca de lágrimas y saliva, podía amortiguar cualquier golpe. Esas láminas retumbaban con cada grito silenciado. Transformaban el eco cómplice de los golpes que resonaban por toda la casa como el estrépito de un trueno.

Pero había otros momentos en los que podíamos compartir en silencio. Acariciaba torpemente mi cabeza mientras tomaba sorbos largos de whisky que estancaba en su boca en un gran buche, dilatando el momento en el que el trago calentaba su garganta, y terminaba con un gran chasquido que lo hacía destilar un aliento a madera agria que se confundía con su *aftershave*. Cuando estaba generoso o contento, me ofrecía un trago con la excusa de que eso calmaría el dolor en mis dientes, y yo lo tomaba con timidez mientras intentaba contener la náusea al sentir el alcohol revolcándose el estómago. Me palmoteaba la espalda felicitándome por mi valentía y tomaba mi rostro entre sus manos gigantescas sacudiéndolo como uno de esos globos de nieve. Entre risas me explicaba que en los bolsillos tenía una cabuya que iba a atar en un extremo al pomo de la puerta y en el otro alrededor de mis dientes para que así to-